

cación, que tan pronto se adelantaba como permanecía detrás, navegando á veces de conserva, cuando el espacio lo permitía.

—¿Quién está ahí?—preguntó la niña Dórrit.

—Ya lo podrías suponer—contestó Fanny;—es aquel estúpido... ya sabes...

—No acierto á quién te refieres.

—Hija mía—replicó Fanny,—¡qué lenta eres en comprender! Hablo del joven Sparkler.

Así diciendo, Fanny se recostó en el reborde de la góndola, abanicándose con la mayor gracia posible.

—¿Has visto nunca un joven más imbécil?—preguntó después de una pausa.

—¿Crees tú que tenga intención de seguirnos hasta casa?—repuso la niña Dórrit.

—Hija mía, no sé á punto fijo de qué puede ser capaz un idiota enamorado; pero no extrañaría que nos acompañase hasta el fin..., la distancia no es grande;... apuesto á que es capaz de seguirnos desde un extremo á otro de Venecia, porque se muere por verme.

—¿Lo crees así?

—Me pondrías en apuro para contestarte; mejor es que se lo preguntes á Eduardo, pues parece que Sparkler le ha elegido por confidente, y que sólo habla de mí en los casinos y reuniones.

—Lo que extraño es que no haya pensado en hacernos una visita—observó la niña Dórrit después de reflexionar un momento.

—Me parece que tu sorpresa cesará muy pronto; no extrañaré que hoy mismo vaya á casa. Supongo que no lo ha hecho, porque le falta valor.

—¿Le verás tú?

—Según y cómo; aun no estoy decidida... Mírale... ya vuelvé á pasar. ¡Qué estúpido!

La verdad es que el joven Sparkler, cuyo ojo pegado al cristal hubiera podido pasar por un defecto de este, detenía á intervalos su góndola, sin aparente motivo, y su aspecto no era de lo más á propósito para atraer la atención de una dama.

—Dime, Amy—preguntó Fanny de pronto,—¿qué pensaste de la conducta de la señora Merdle, la madre de ese joven, cuando la encontramos en Martigny?

—No sé qué decirte...

—Pues yo te lo explicaré. Esta dama se dijo: «Jamás haré alusión á la entrevista que tuve con estas jóvenes en circunstancias muy distintas, y haré como que no las conozco.» He aquí cómo esa señora ha sabido salir de un mal paso. Ya recordarás que te dije al salir de su casa en Londres que no había mujer más insolente y más falsa que esa; pero en punto á insolencia, tal vez encuentre algún día quien la aventaje. Quizás también esa señora se propone hacernos creer que observa tal conducta para no zaherir nuestros sentimientos.

—Pero nosotras podríamos siempre restablecer la verdad—dijo la niña Dórrit.

—Nada de eso, Amy, nunca pienses en hacer tal cosa, porque no lo consentiría; cuando esa dama quiera, ya podré hacerlo. Yo me encargo de devolverle el cambio de su moneda; esa señora ha trazado el camino, y yo le seguiré, cultivando su conocimiento hasta que me haya visto dar á su doncella objetos de tocador mejores y más costosos de los que ella me regalaba por conducto de su modista.

La niña Dórrit guardó silencio, pues no olvidaba que no tenía voz ni voto mientras se tratase de mantener la dignidad de la familia; y por otra parte no quería perder el favor que Fanny le dispensaba tan inopinadamente; no podía aprobar; pero tampoco dijo nada en contra, y limitóse á preguntar á su hermana:

—¿Piensas alentar á ese joven?

—¿Alentarle, hermana mía?—repuso Fanny, sonriendo con desdén,—eso depende de lo que tú entiendas por «alentar»; ¡no, no lo haré, pero será mi esclavo!

La niña Dórrit dirigió á su hermana una mirada inquieta, pero Fanny, sin hacerle caso, dió un golpecito en la nariz de Amy con su abanico, como pudiera una altiva hermosura que se divierte en instruir á su humilde compañera.

—Quiero hacerle correr y galopar como un perro de caza—añadió la ex-bailarina;—necesito que sea mi vasallo, y si no consigo así humillar á su madre, no será por culpa mía.

—¿Has reflexionado, Fanny (no te enfades por esta pregunta, ahora que somos tan buenas amigas...) á dónde te puede conducir tu empeño?

—No lo he pensado aun, hija mía—replicó Fanny con la mayor indiferencia;—pero ya lo veremos. Por de pronto, tales son mis intenciones; y he necesitado tanto tiempo para explicártelas, que ya hemos llegado... ¡Ah! ahí está la góndola

del joven Sparkler... mírale en la puerta de casa... pregunta si la familia está visible.

En efecto, el enamorado Sparkler estaba allí, con una tarjeta en la mano, fingiendo que preguntaba á un sirviente; mas por este concurso de circunstancias, el joven se halló después ante las dos señoritas en una postura que los antiguos no hubieran considerado la más propia para el mejor éxito de sus amorosas pretensiones, pues los gondoleros de las hermanas, á quienes había molestado la persecución de Sparkler, hicieron chocar ligeramente su embarcación con la del caballero, que cayó sentado en el fondo de la barca, enseñando las suelas de las botas al objeto de su amorosa llama; mientras que el resto de su individuo agitábase en los brazos de uno de sus gondoleros.

Sin embargo, como la señorita Fanny preguntase con mucho interés si el caballero se había hecho daño, Sparkler se levantó más rápidamente de lo que se podía esperar, y muy sonrojado contestó:

—No ha sido nada, señorita.

Entonces, como si Fanny no recordase haber visto jamás á aquel joven, proseguía su camino después de saludar con bastante altivez, cuando el caballero Sparkler, adelantándose presuroso, se nombró. Aun así, la señorita Fanny no pareció recordar dónde había oído aquel nombre, y fué necesario que el interpelante explicara que había tenido el honor de encontrarle en Martigny. Sólo entonces la dama se dignó recordar que efectivamente le había visto en dicho punto, y preguntó después si su madre seguía bien.

—Gracias—balbuceó Sparkler;—está perfectamente... es decir, bastante mal.

—¿Se halla en Venecia?—preguntó Fanny.

—No, señorita, en Roma. Yo estoy aquí solo; he venido á visitar á Eduardo Dórrit... y también á su padre... en una palabra, á la familia.

Volviéndose graciosamente hacia sus servidores, Fanny preguntó si su papá y su hermano estaban en casa, y como la contestación fuese afirmativa, Sparkler ofreció humildemente el brazo á la señorita Fanny, que le aceptó para subir la gran escalera. Si el joven caballero se figuraba, como era probable, que se las había con una señorita candorosa, engañábase de medio á medio.

Llegados al salón de recepciones, cuyos tapices, de color verde-mar, estaban tan marchitos, que por analogía hubieran

podido reclamar un parentesco muy próximo con los restos de hierbas marinas flotantes debajo de las ventanas, la señorita Fanny envió mensajeros en busca de su padre y de su hermano. Mientras llegaban, la ex-bailarina fué á sentarse en un sofá, donde tomó la postura más seductora, y acabó de conquistar al joven Sparkler aventurando algunas observaciones sobre el Dante, personaje que el joven caballero consideraba como un viejecillo bastante excéntrico, que tenía la rara costumbre de ceñirse la frente con una corona de follaje y tomar asiento en un cascabel delante del pórtico de la catedral de Florencia, sin que nadie pudiera adivinar por qué.

El señor Dórrit recibió al visitante con la mayor urbanidad, ó más bien con aristocrática gracia, y pidióle muy particularmente noticias sobre los señores Merdle. El joven Sparkler, que parecía arrancarse las palabras una á una del cuello de la camisa, contestó que la señora Merdle, cansada de su casa de campo, no menos que de su posesión de Brighton, y no pudiendo tampoco permanecer en Londres, cuando no había un alma en la ciudad, había resuelto hacer una excursión á Roma, donde una mujer como ella, de proverbial belleza, y nada tonta, no podía menos de producir cierto efecto. En cuanto al señor Merdle, las notabilidades de la Bolsa y de la Banca le necesitaban de tal modo, que el sistema monetario del país, según Sparkler, no podía prescindir de su individualidad. Las ocupaciones del gran banquero, sin embargo, parecían incomodar á veces al extraordinario capitalista, que para mejorar su salud necesitaba mucho un tiempo de galop en el campo ó en el extranjero. El señor Sparkler dió á entender también que en cuanto á su persona, pensaba ir (para un asunto urgente,) donde fuese la familia Dórrit.

Este gran esfuerzo oratorio exigió tiempo, pero tuvo su fin; y entonces el señor Dórrit manifestó la esperanza de que el caballero Sparkler les favorecería comiendo con ellos aquel mismo día, después de lo cual acompañaría á las damas á la Opera.

Próxima ya la hora de la comida, el joven Sparkler, saliendo de la onda como el hijo de Venus cuando iba en pos de su señora madre, subió la gran escalera, ostentando sus más ricas galas; y si Fanny le había parecido encantadora por la mañana, juzgóla tres veces más bella por la noche, gracias á un tocado que sentaba muy bien á su género de belleza y á cierta indolencia que dobló, triplicó y remachó los grillos que debían sujetar al joven enamorado.

—Parece, caballero Sparkler—le dijo su anfitrión durante la comida,—que usted conoce... ¡hem!... al señor Gowan... al señor Enrique Gowan.

—Mucho, mucho—contestó Sparkler;—su madre y la mía son antiguas amigas.

—A pensarlo—continuó el señor Dórrit, con aire protector, bastante majestuoso,—te habría rogado, Amy, que le hubieras escrito dos palabras, invitándole á venir á comer hoy con su señora. Les hubiera enviado mi góndola para traerlos aquí, pues nosotros tenemos... ¡hem!... más embarcaciones de las que necesitamos. Mucho siento no haber pensado en ello. Procura, hija mía, recordármelo.

La niña Dórrit se preguntó cómo tomaría la invitación el señor Enrique Gowan, pero prometió á su padre no olvidar la recomendación.

—¿Sabe usted si el señor Enrique Gowan hace... ¡hem!... retratos?—preguntó el señor Dórrit.

Sparkler opinó que Enrique Gowan estaría dispuesto á aceptar todos los encargos que se le hiciesen, bien fueran retratos ú otra cosa.

—¿No se ha dedicado á un género particular?

Sparkler, á quien el amor inspiraba deseos de lucirse, contestó que para dedicarse á un género particular sería necesario que un hombre comenzara por adoptar un calzado particular; que un cazador, por ejemplo, debía llevar zapatos á propósito, y un caballero, botas con espuelas; mientras que él creía haber observado que su amigo Enrique Gowan no se calzaba como los demás.

—¿Con que no se dedica á ninguna especialidad?—observó el señor Dórrit.

Como esta palabra era poco familiar para Sparkler, que además estaba fatigado por su reciente discurso, limitóse á contestar:

—No, señor; yo no la tomo nunca.

—De todos modos—añadió el señor Dórrit, que no había comprendido tan singular contestación,—me sería muy grato ofrecer á un caballero tan bien nacido un... ¡hem!... ligero testimonio de mi deseo de favorecerle y desarrollar... ¡hem!... los gérmenes de su genio. Creo que haría bien invitando al señor Gowan á que hiciese mi retrato. Si el resultado de este ensayo... ¡hem! fuera satisfactorio por ambas partes, yo podría después rogarle que hiciese el retrato de los demás individuos de la familia.

El joven Sparkler pensó que esta sería la mejor ocasión para observar que había «ciertos» individuos de la familia Dórrit (recalcando muy marcadamente la palabra «ciertos,») á los cuales ninguna pintura podría hacer justicia; pero no encontrando fórmula para expresar esta idea original, el joven enamorado se abstuvo de emitir su pensamiento.

Esto fué tanto más sensible cuanto que la señorita Fanny aplaudió mucho el proyecto del retrato, aconsejando á su padre que lo pusiera en ejecución cuanto antes. Dijo que sabía que el señor Gowan había renunciado á un brillante porvenir para unirse con su bella esposa y consagrarse al arte á fin de ganar su subsistencia; que era muy justo hacer el encargo al señor Gowan, fuera cual fuese el resultado; y por último que ella y Amy estaban seguras de que el artista saldría airoso de su empresa, pues habían visto en su caballete un retrato notable que pudieron comparar con el original, Estas observaciones (como lo quería Fanny,) trastornaron notablemente al infeliz Sparkler, en quien se despertó al punto un sentimiento de celos contra el rival desconocido, y tan vivamente, que sus ojos parecían saltarle de las órbitas.

Volviendo al seno del mar, después de la comida, y saliendo de nuevo para subir la escalera del teatro de la Opera, precedida de un gondolero á guisa de tritón, armado de una inmensa linterna de lona, la familia Dórrit entró en su palco, y desde entonces comenzó para el caballero Sparkler una noche de angustia.

Como la platea estaba algo oscura y el palco bien iluminado, las señoritas Dórrit recibieron durante la representación varias visitas de sus conocidos, por los cuales se interesó Fanny mucho, adoptando las posturas más seductoras, y discutiendo con ellas graciosamente sobre la identidad de ciertas personas sentadas en otras localidades, lo cual bastó para que el desgraciado Sparkler comenzase á odiar á la humanidad entera: sin embargo, la suerte le reservaba dos consuelos para el fin de la función. Fanny le dió á guardar su abanico mientras se ponía el abrigo, y además obtuvo el inestimable favor de ofrecerle después el brazo para volver á la góndola. Estos pequeños estímulos no eran gran cosa, pero en opinión del joven Sparkler, bastaban para impedir á un individuo entregarse á la desesperación: tal vez Fanny pensaba lo mismo.

El tritón que estaba á la puerta del palco, siempre con su linterna, como todos los demás, alumbró los escalones mientras la familia Dórrit bajaba.

Entre los curiosos estacionados á la puerta hallábase Blandois, de París, que habló á las señoritas y bajó, colocándose al lado de Fanny.

La niña Dórrit, que iba delante con su hermano y la señora General (el padre se había quedado en casa,) no pudo menos de estremecerse al ver tan cerca de ella á Blandois, que ayudaba á su hermana á entrar en la góndola.

—Gowan—dijo el viajero francés,—ha sufrido una gran pérdida desde que recibió la visita.

—¿Una pérdida?—repitió Fanny.

—Sí—replicó Blandois,—su perro León ha muerto.

—¿Muerto?—repitió la niña Dórrit.—¡Pobre animal, tan noble y tan sumiso!

—¡Ah!—repuso Blandois encogiéndose de hombros,—los dogos mueren como los Dux;... yo creo que alguien ha envenenado á ese pobre animal.

